

que investiga a una antigua deidad egipcia a la que acabaremos llamando Jahvé o Jehová. Desde luego, se trata del protagonista de la fábula babilónica, el que nos ha dado la maldición y el privilegio del llamado don de lenguas, el Logos que a veces se hace llamar Espíritu Santo.

Y otro súbdito enésimo del imperio en el aire, de origen bohemio y quizá *Mischlinge* con un abuelo judío, Hüdler o Hillier que se hizo llamar Adolf Hitler cuando le dio por creerse ario germánico por los cuatro costados, pensador chabacano y escritor mediocre, que abandonó la pintura de aleluyas para dedicarse al teatro político, personificó al cortador de lenguas canettiano, porque para él no había lengua de los otros, ya que los otros no existían y si existían, peor para ellos, pues los destinó al exterminio. Canetti y los demás insistentes letraheridos salvaron, no obstante, la lengua, es decir las lenguas que se trenzan y se traducen a partir de Babel.

2

La poliglosía de origen ha sido fecunda en la historia literaria y, con que no acabemos todos sumidos en el angloamericano o en un *volapük* informático, seguirá siéndolo, si es que la literatura insiste en subsistir. Lo humano no parece ser el esperanto. Lo humano es Babel y la traducción.

No quiero desarrollar un catastro de escritores que, por herencia cultural, se manejaron en distintas lenguas, a partir del latín como lengua franca de los letrados en la Edad Media, herencia que perdura hasta el siglo XVIII, pues hasta algunos documentos de la Convención francesa son todavía latinos. Descartes, Spinoza y Leibniz son ilustres casos, entre cientos. Me refiero a los ejemplos en que una educación políglota borra cualquier referencia a una lengua materna única y definitiva.

Alexander Herzen era hijo no matrimonial de un noble ruso, Iván Alexeiev Jakoblev, y de una plebeya alemana, Luise Haag. Fue bautizado con un pseudónimo que cancelaba su origen y sólo su hijo se pudo llamar legítimamente Alexander Herzen. Es decir que su emblema literario y político se convirtió, por obra de las letras, en nombre legal. Exilado en París, murió en esta ciudad y escribió en las dos lenguas, las del padre y de la madre.

Georg Lukács (nacido Löwinger) fue también, al principio, súbdito de la monarquía austrohúngara. Nacido en Budapest, de familia judía conversa, fue criado en húngaro (lengua patriótica y provinciana) y alemán (lengua imperial y universal de la gran tradición filosófica). Para molestar a su madre, con la que se llevaba muy mal y que era una «vienesita de toda la vida», hablaba en húngaro, lo cual complacía a su padre, patriota magyar,

pero acabó escribiendo mayormente en alemán y adscribiéndose a las tradiciones correspondientes.

Claude Esteban, hijo de español y francesa, habló español en casa y con algunos amigos. En la escuela, donde se burlaban de su hispanismo, se educó en francés y se le enseñó a admirar a Francia y a despreciar a España. No obstante, la oculta lengua de su padre fue la de la verdadera gran poesía para él (Góngora, Quevedo). Si bien no es un escritor bilingüe, pues escribe en francés, hay en su obra de traductor una correspondencia entre ambas lenguas.

Bilingüismo estricto hay en Josep Pla, entre el catalán, con el cual se expresa en la mayor parte de su obra, y el castellano. Su catalán es afrancesado y su castellano, impregnado de catalanismos. En la primera de dichas lenguas, se aparta de las dos tradiciones dominantes en su juventud, la decimonónica de la Renaixença y la barcelonesa del preciosismo modernista, aceptando la influencia de algunos escritores españoles como Baroja y Azorín. Su caso puede expresar la realidad poliglota de España y señala un espacio de escritores bilingües más recientes, como el gallego Alvaro Cunqueiro, el catalán Pere Gimferrer y el vasco Bernardo Achaga.

Otro sector de escritores políglotas se distingue por lo que podríamos denominar literatura de la otredad, una suerte de esquizoidia literaria convertida en estética. El ejemplo más acusado es el de Fernando Pessoa, portugués educado en inglés durante su adolescencia sudafricana, cuyo espacio literario se divide en una multitud de escritores heterónimos (se recuentan más de sesenta), cada uno con su biografía y su estética peculiar. La mayoría se expide en portugués, ocasionalmente alguno en francés, aunque más notables son quienes lo hacen en inglés, como Alexander Search. Recordemos algunas obras pessoanas muy señaladas en este último idioma, como *El violinista loco*, *Treinta y cinco sonetos*, *Antínoo*.

Julien Green, nacido en París de familia norteamericana, se ha movido desde pequeño entre dos mundos lingüísticos que él domina, se hablan, se traducen pero no se concilian. En sus textos autobiográficos recuerda que, tras haber recibido sus primeras nociones verbales en inglés, oía a su madre conversar con una tía en una lengua incomprensible, que era el francés. Como en el caso de Canetti, percibía que aquellas palabras eran inaccesibles para los niños, y hasta sufrió algún bofetón materno por querer averiguar lo que no estaba permitido.

Luego, en la escuela parisina, aprendió el francés y, en la universidad norteamericana, advirtió que su inglés era defectuoso y motivo de sorna entre sus compañeros. El nombre verdadero de las cosas era, en esa época, para él, francés. Lo mismo en cuanto a la escritura, dominada por la noción

de Gran Estilo: suprimir frases intermedias, no repetir las mismas palabras en una página, etc.

Para Green, cada lengua es un mundo cerrado del cual el sujeto se escapa con dificultad, y ese obstáculo o desafío funda una literatura personal. Un idioma es una manera distinta de ver el mundo y saber varios es entender que el mundo, aunque nombrado de divergentes modos, es uno y común a todos los hombres: Babel. No obstante, cuando pasa de una lengua a otra, a veces traduciéndose, siente que se convierte en otro. Julien Green y Julian Green no son el mismo escritor en dos lenguas diversas, son dos escritores diversos por más que encaren un texto bilingüe. Ello no le ha impedido conservar la noción de lengua materna, que en su caso es la inglesa. En ciertos momentos, los más dramáticos de su larga existencia, sólo ha podido pensar en inglés.

Vladimir Nabókov fue criado en varias lenguas (ruso, inglés, francés, más tarde aprendió el alemán) de modo que carece, estrictamente, de una lengua materna como única y excluyente, ya que la madre es una sola. Se traducirá él mismo y acabará sus días en un hotel suizo, es decir en una casa impropia situada en un país babélico, alejado de la historia en tanto guerra. Su literatura, sostiene Steiner (en *Extraterritorial. Ensayos sobre literatura y la revolución lingüística*) consiste en sustraer elementos de la historia, o sea, en este caso, la diversidad de lenguas, y llevarlos al Lugar Sin Historia de la escritura literaria. O donde aparece la Otra Historia, el multilingüismo que pone en escena *Ada o el ardor*, un ensayo babélico quizá comparable a *Finnegan's Wake* de Joyce. Podemos fijar la figura rectora de Nabókov en su afición entomológica: el cazador de mariposas. En efecto, hay mariposas que dan la vuelta al mundo, sin saber qué países sobrevuelan.

Primero (a partir de 1920, cuando se marcha de Rusia al fin de la guerra civil que siguió a la Revolución de Octubre) fue un escritor ruso del exilio, un hombre de esa literatura rusa que se podía leer en cualquier lugar menos en la Rusia soviética. Se hacían tiradas pequeñas (entre 1000 y 2000 ejemplares) que circulaban de mano en mano o por las bibliotecas públicas. Poco a poco, esta literatura fue desapareciendo y sólo subsistieron algunos periódicos de escasa significación literaria. Fue una época que se puede dar por terminada en 1946, cuando se levanta la censura para algunos escritores, mayormente muertos (Bunin, Kuprin).

Nabókov dejó de escribir en ruso, aceptando que su Rusia había desaparecido para siempre. Sólo conservó la lengua rusa en su poesía y para traducirse del inglés. De alguna manera, volvió al comienzo de su carrera, ya que su primer libro publicado fue una traducción al ruso de Lewis